

Historia 16—En Getsemaní

La vida del Salvador en la tierra fue una vida de oración. Muchas fueron las horas que pasó a solas con Dios. Con frecuencia elevaba sus fervientes peticiones a su Padre celestial. Así recibía fuerza y sabiduría para sostenerlo en su obra, y para preservarlo de caer bajo las tentaciones de Satanás.

Después de comer la cena de Pascua con sus discípulos, Jesús fue con ellos al huerto de Getsemaní, donde solía ir a orar. Mientras caminaba, hablaba con ellos y les enseñaba; pero al acercarse al huerto, se volvió extrañamente silencioso.

Durante toda su vida, Jesús había vivido en la presencia de su Padre. El Espíritu de Dios había sido su guía y apoyo constante. Siempre daba gloria a Dios por sus obras en la tierra, y decía: «No puedo yo hacer nada por mí mismo» (Juan 5:30).

Nada podemos hacer por nosotros mismos. Solo confiando en Cristo para toda nuestra fuerza podemos vencer y hacer su voluntad en la tierra.

Debemos tener la misma confianza sencilla y semejante a la de un niño en Él, que Él tuvo en su Padre. Cristo dijo: «Separados de mí nada podéis hacer» (Juan 15:5).

La terrible noche de agonía para el Salvador comenzó cuando se acercaron al huerto. Parecía que la presencia de Dios, que había sido su apoyo, ya no estaba con Él. Comenzaba a sentir lo que era estar excluido de su Padre.

Cristo debía llevar los pecados del mundo. Al ser estos ahora puestos sobre Él, le parecían más de lo que podía soportar. La culpa del pecado era tan terrible que se sintió tentado a temer que Dios ya no pudiera amarlo.

Al sentir el terrible desagrado del Padre contra el mal, las palabras se le escaparon: «Mi alma está muy triste, hasta la muerte».

Cerca de la puerta del huerto, Jesús había dejado a todos sus discípulos excepto a Pedro, Santiago y Juan, y había entrado al huerto con estos tres. Ellos eran sus seguidores más fervientes y habían sido sus compañeros más cercanos. Pero no podía soportar que ni siquiera ellos presenciaran el sufrimiento que iba a padecer. Les dijo:

«Quedaos aquí, y velad conmigo» (Mateo 26:38).

Se alejó una corta distancia de ellos, y cayó postrado en tierra. Sintió que por el pecado estaba siendo separado del Padre. El abismo entre ellos le parecía tan ancho, tan negro, tan profundo, que se estremeció ante él.

Cristo no sufría por sus propios pecados, sino por los pecados del mundo. Estaba sintiendo el desagrado de Dios contra el pecado, tal como el pecador lo sentirá en el gran día del juicio.

En su agonía, Cristo se aferró al suelo frío. De sus pálidos labios surgió el amargo clamor: «Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú quieras» (Mateo 26:39).

Durante una hora Cristo soportó solo este terrible sufrimiento. Luego vino a los discípulos, esperando alguna palabra de simpatía. Pero ninguna simpatía le esperaba, pues estaban dormidos. Se despertaron al sonido de su voz, pero

apenas lo reconocieron, tan cambiado estaba su rostro por la angustia. Dirigiéndose a Pedro, dijo:

«Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora?» (Marcos 14:37).

Justo antes de dirigir sus pasos al huerto, Cristo había dicho a los discípulos: «Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche». Ellos le habían dado la más fuerte seguridad de que irían con Él a la cárcel y a la muerte. Y el pobre Pedro, autosuficiente, había añadido: «Aunque todos se escandalicen, yo no» (Marcos 14:27, 29).

Pero los discípulos confiaron en sí mismos. No miraron al Poderoso Ayudador como Cristo les había aconsejado. Así que cuando el Salvador más necesitaba su simpatía y sus oraciones, los encontró dormidos. Incluso Pedro estaba durmiendo.

Y Juan, el discípulo amado que se había recostado sobre el pecho de Jesús, estaba dormido. Ciertamente el amor de Juan por su Maestro debería haberlo mantenido despierto. Sus fervientes oraciones deberían haberse mezclado con las de su amado Salvador en el tiempo de su gran agonía. El Redentor había pasado noches enteras orando por sus discípulos, para que su fe no fallara en la hora de la prueba. Sin embargo, no pudieron permanecer despiertos con Él ni siquiera una hora.

Si Cristo hubiera preguntado entonces a Santiago y a Juan: «¿Podéis beber del vaso que yo bebo, y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado?», no habrían respondido tan fácilmente como antes: «Podemos» (Marcos 10:38, 39).

El corazón del Salvador estaba lleno de piedad y simpatía por la debilidad de sus discípulos. Temía que no pudieran soportar la prueba que su sufrimiento y su muerte les traerían.

Sin embargo, no los reprendió severamente por su debilidad. Pensó en las pruebas que tenían delante, y dijo:

«Velad y orad, para que no entréis en tentación».

Puso una excusa por su fracaso en el deber hacia Él: «El espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil» (Mateo 26:41). ¡Qué ejemplo de la tierna y amorosa piedad del Salvador!

Otra vez el Hijo de Dios fue presa de una agonía sobrehumana. Desfalleciendo y agotado, se tambaleó hacia atrás, y oró como había orado antes:

«Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad» (Mateo 26:42).

La agonía de esta oración hizo brotar gotas de sangre de sus poros. Otra vez buscó a los discípulos en busca de simpatía, y otra vez los encontró dormidos. Su presencia los sobresaltó. Miraron su rostro con temor, porque estaba manchado de sangre. No podían entender la angustia de mente que su rostro expresaba.

La tercera vez buscó el lugar de la oración. Un horror de grandes tinieblas lo envolvió. Había perdido la presencia de su Padre. Sin ella, temía que en su naturaleza humana no pudiera soportar la prueba.

La tercera vez ora la misma oración que antes. Los ángeles anhelan traer alivio, pero no puede ser. El Hijo de Dios debe beber esta copa, o el mundo se

perderá para siempre. Ve la impotencia del hombre. Ve el poder del pecado. Las aflicciones de un mundo condenado pasan en revisión ante Él.

Toma la decisión final. Salvará al hombre a cualquier costo para sí mismo. Ha dejado los atrios del Cielo, donde todo es pureza, felicidad y gloria, para salvar a la única oveja perdida, al único mundo que ha caído por la transgresión, y no se apartará de su propósito. Su oración ahora respira solamente sumisión:

«Si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad».

El Salvador cae ahora moribundo al suelo. No hay ningún discípulo allí para poner tiernamente su mano bajo la cabeza de su Maestro, y mojar esa frente, desfigurada ciertamente más que la de los hijos de los hombres. Cristo está solo; de todo el pueblo, no hay nadie con Él.

Pero Dios sufre con su Hijo. Los ángeles contemplan la agonía del Salvador. Hay silencio en el Cielo. Ninguna arpa es tocada. Si los hombres hubieran podido ver el asombro de la hueste angélica mientras con silencioso dolor observaban al Padre separando sus rayos de luz, amor y gloria de su amado Hijo, comprenderían mejor cuán ofensivo es el pecado ante sus ojos.

Un poderoso ángel viene ahora al lado de Cristo. Levanta la cabeza del divino sufriente sobre su pecho, y señala hacia el Cielo. Le dice que ha salido vencedor sobre Satanás. Como resultado, millones serán vencedores en su glorioso reino.

Una paz celestial reposa sobre el rostro manchado de sangre del Salvador. Ha soportado lo que ningún ser humano podrá jamás soportar; porque ha gustado los sufrimientos de la muerte por cada hombre.

Otra vez Cristo buscó a sus discípulos, y otra vez los encontró dormidos. Si hubieran permanecido despiertos, velando y orando con su Salvador, habrían recibido ayuda para la prueba que tenían delante. Al no hacerlo, no tuvieron fuerza en su hora de necesidad.

Mirándolos con tristeza, Cristo dijo: «Dormid ya, y descansad. He aquí ha llegado la hora, y el Hijo del Hombre es entregado en manos de pecadores».

Mientras pronunciaba estas palabras, oyó los pasos de la turba que lo buscaba, y dijo:

«Levantaos, vamos; he aquí, se acerca el que me entrega» (Mateo 26:45, 46).